

PARA EL ALBUM.

México, Patria mía, perfecto es tu derecho al respeto del mundo y de la historia, mientras tengas hijos que sean como lo fué el General NICOLÁS BRAVO; él, con su poderosa espada, sostuvo la santa causa de tu Independencia, supremo bien de que gozas, y que te conserva en el alto rango de las naciones soberanas; él operó en un campo donde corría la sangre á torrentes, donde los ánimos estaban siempre enardecidos, donde las represalias eran indefectibles; él mandaba fuerzas beligerantes que le seguían con ciega fe, y que ejecutaban sus órdenes sin pensar siquiera en la réplica; él supo que el autor de sus días había sido aprehendido y cruelmente sacrificado por el enemigo, y en virtud de una abnegación sin ejemplo, en virtud de un sentimiento sobrehumano, dió luego libertad á sus numerosos prisioneros de guerra; él no reconoció límite alguno, ni al peligro en la lucha, ni á la clemencia despues del combate; él vió coronados con el éxito sus esfuerzos y los de sus compañeros de armas, sin hacer jamas ostentación de sus méritos; él ejerció el gobierno con cordura, obró en todo tiempo con suma probidad, y murió resignado y tranquilo; pero su nombre no ha muerto, y su gloria fulgura inextinguible. Tuya es también, Patria mía, pues justamente se identifican los nombres de MÉXICO y de NICOLÁS BRAVO.

Al llegar el Centenario del nacimiento de este héroe admirable, con razón lo celebra el Estado de Guerrero donde aquel abrió sus ojos á la luz; con razón, para perpetuar tan veneranda memoria, erige un digno monumento, y se entrega á las efusiones de una muy significativa fiesta cívica. ¡Honor á BRAVO! ¡Honor al Estado de Guerrero!

México, 1886.

IGNACIO CUMPLIDO.

LA VENGANZA DEL INSURGENTE.

MONÓLOGO HISTÓRICO EN UN ACTO
ESCRITO PARA EL PRIMER CENTENARIO DEL BENEMÉRITO
DE LA PATRIA

D. NICOLÁS BRAVO.

ACTO ÚNICO.

La escena en Medellín. Octubre de 1812. El foro representa una sala en el alojamiento del General D. Nicolás Bravo. Al frente del espectador balcones que dan á la plaza. A la derecha, puerta que comunica al exterior. A la izquierda otra puerta. Frente á ésta, una mesa con escribanía de campaña; algunas sillas de paja. En la pared del fondo, armas y prendas de arreo militar, suspendidas de sus respectivos clavos. Al abrirse la escena, Bravo en uniforme, pero sin espada ni espuelas, se levanta de la mesa en ademán de dejar de escribir.

ESCENA ÚNICA.

BRAVO, SOLO.

Después del Palmar, el Puente
Del Rey, ¡soberbias jornadas
Que aumentarán el prestigio
Naciente de nuestra causa!
Ya no dirán que mis tropas
Son chusmas desenfrenadas,

Que sólo al botín aspiran
 Y en el desórden se embriagan.
 Bien vale por un ejército
 De esos que vienen de España,
 El que cuenta entre sus jefes
 Hombres del temple de Palma,
 El que se arroja al combate
 Sin temor á la metralla,
 Y pará callar cañones
 Los conquista á la arma blanca.
 Chusmas, que así las titulen
 Las legiones veteranas
 De Labaqui, ellas las vieron
 En el Palmar cara á cara.
 Mas, ¡qué mucho así nos juzguen
 Las gentes apasionadas,
 Si á veces yo mismo encuentro
 Nuestras victorias extrañas! (Pensativo.)
 Ellos, los que nos oprimen
 Y desprecian nuestra raza,
 Tienen tantos elementos
 Como á nosotros nos faltan.
 Ellos abundan en todo;
 En municiones, en armas,
 En disciplina, en pericia,
 Y, sin razon, hasta en fama.
 Nosotros, pobres, desnudos,
 Hasta ayer míseros párias
 En la esclavitud nacidos
 Y criados en la ignorancia,
 Sin más bien que una existencia
 De continuo amenazada,
 Y el seco giron de tierra
 Donde apoya nuestra planta. (Pausa.)
 Tropa al azar recogida,
 A la inercia arrebatada,
 Con su instinto por pericia
 Y su valor por coraza.

Turba que empuja á la guerra
 Cólera desesperada
 Y va buscando en la muerte
 De libertad la esperanza.
 Y sin embargo, es mi orgullo
 Esa turba, esa canalla,
 En que cada hombre es un héroe,
 Mal que pese á quien la infama.
 ¡ Cuántas veces respondiendo
 Con una piedra á una bala,
 Les ví pasar al través
 De divisiones compactas!
 Las enemigas trincheras
 Romper, y poner muy alta
 Sobre la vencida torre
 Su bandera americana!
 ¡ Cuántas veces les miré
 Bajo una lluvia de balas
 Gritando "viva Morelos"
 Morir gozosos. . . y cuántas (Con amargura.)
 Me pregunté si no es justo
 Dar rienda suelta á la rabia,
 Castigando al enemigo
 Con severas represalias.
 ¿ Por qué tan cruel tiranía
 Con un pueblo, cuya falta
 Es sólo su ardiente anhelo
 De libertad y de patria?
 ¿ No son los hombres aquí
 Como los hombres de España?
 Si la conquista es derecho,
 Ellos ¿ por qué la rechazan?
 Allá, es honor combatir
 Al conquistador que avanza;
 Y aquí, sacudir el yugo
 De la conquista, es infamia! (Pausa.)
 Cuando en tal error medito,
 Encuentro dulce la ingrata

Tarea de sembrar la muerte
 Entre las filas contrarias.
 A veces la órden severa
 De no dar cuartel, no basta
 A mi rencor, y la juzgo
 Débil, por más que me espanta. . . .
 Es preciso: en esta lucha
 Muere inútil quien no mata,
 Y no es con la sangre estéril
 Con la que triunfa una causa.
 Sangre por sangre; que corran
 En ríos, pero unidas ambas;
 Que si hoy cantamos un triunfo
 Será derrota mañana.
 Pero, ¿por qué reflexiones (Natural)
 Tan negras y tan amargas,
 Cuando sonríe la victoria,
 Intempestivas me asaltan?
 Aun no he encontrado peligro
 Que contuviese mi marcha;
 Y he inmolido ante el deber
 Mis afecciones más caras.
 Tranquila está la conciencia,
 Y mi bandera sin mancha;
 Desechemos aprensiones
 Que sin razon acobardan.
 Heróica ó débil, ¿qué importa
 Cómo cada accion se llama,
 Si el brazo que la ejecuta
 Cede al deber que la manda?
 Que cada cual su camino
 Siga, que es Dios quien los traza:
 Ellos, en guerra de reyes;
 Nosotros, en guerra santa.

(Se escucha rumor fuera, y Bravo se asoma al balcón del fondo para inquirir su causa: luego vuelve á la escena.)

Rumor de gente se escucha.
 Ah! mi revista olvidaba!

Démonos prisa; bien pronto
 La tropa estará en la plaza;
 Hay que no darles ejemplo
 De pereza. (Se calza las espuelas, ciñe la espada y va ordenando sus papeles mientras recita los versos siguientes).

Bien ganada

Tienen esta noche de ocio
 Para que deba acortársela.

(Va á salir, y se detiene á la puerta de la derecha, preguntando.)

¿Un correo. . . ? no traje pliegos. . . ?
 Qué. . . ¿Solamente esta carta. . . ?
 Bien, que descanse, y que espere
 Por si debo contestarla.

(Vuelve á la escena, rompe el sobre, y ántes de sacar la carta se dirige al espectador.)

No sé qué sentí al romperla,
 Cual si mi mano temblara.

¿Es que el ánima presente?
 ¿Es que hoy todo me acobarda?

(Mira atentamente la cubierta.)

Tehuacan. . . es de Morelos. . .
 Tan pronto! . . . mucho me extraña!
 O á mí me engaña el instinto,
 O trae una nueva infausta. . .

¿Le habrá sorprendido Llano?
 ¿Le derrotó tal vez Águila?
 No es posible; ni reunidos
 En Tehuacan le atacaran.

Mas salgamos de la duda;

Fácil es. (En el momento de desplegar la carta se oye un altercado violento y gran ruido de voces dentro de la casa.)

¡Cuánta algazara!

¿Quiénes á tanto se atreven?

¿No se respeta mi casa?

¿Qué quieren? (A un ayudante por la puerta de la derecha.)

¿Verme. . . y por eso

Tanto alboroto? . . . Que salgan

Al punto. . . ¿quieren justicia?
 Y ¿contra quién la reclaman?
 Qué, ¿la vida de mis presos. . . ?
 Nunca! ¿y qué se les achaca?
 ¿Y llaman, torpes, justicia
 A tan mezquina venganza?
 Decidles que es guerra noble
 La que hacemos á la España;
 Que es soldado el insurgente,
 Y no bandido ó pirata.
 Decidles que frente á frente
 En el campo, arma contra arma,
 Les permito hacer justicia
 En los días de batalla.
 Pero que al cesar el fuego,
 Todos los rencores callan;
 Y mancharia sus banderas
 Sangre entónces derramada.
 Que arrojaré de las filas,
 Como indigno de formarlas,
 Al que injurie á un prisionero
 Siquiera sea de palabra.

Id. (Vuelve á la escena y dice reposadamente.)

En muy breves instantes
 La razon y mi amenaza
 Habrán calmado ese efimero
 Huracan. Veamos la carta. (Lee.)

“Venegas ha rechazado la oferta del canje. D. Leonardo y sus compañeros han sufrido la pena de garrote que les mandó aplicar el tirano: él mismo tuvo la audacia de avisármelo. Usando del derecho de la guerra, he mandado pasar á cuchillo los prisioneros de Zacatula: haga vd. lo mismo sin pérdida de momento, con los que tiene en su poder. Necesitamos dar una leccion severa.”

¡Miserables! y yo, necio,
 A complacer me negaba
 La indignacion de mis tropas
 Que justicia reclamaban.
 No más clemencia; es un crimen;

Esos tigres sin entrañas,
 Para castigar al hijo,
 Al padre la vida arrancan. . . .
 No me han podido vencer
 Y me hieren á mansalva,
 Atentando á una existencia
 Que debió serles sagrada!
 ¡Miserables! gota á gota
 Irá vengando mi rabia
 La noble sangre inocente
 Que alevosos derramaran.
 ¿Han pensado que perdono
 Porque entereza me falta?
 Que tiemblen! á su justicia
 Va á responder mi venganza!
 Zuzúnaga! (Llamando.)
 que las tropas
 Permanezcan aún formadas
 Con Utrera; que Rincon
 Con segura escolta salga
 A la prision, y en capilla
 Ponga á los presos; que vaya
 El padre Sotomayor
 Con él, por si le reclaman.
 Que, al tocarse la retreta,
 Sean pasados por las armas,
 En la plaza de la villa,
 En grupos y por la espalda. (Vuelve.)
 ¡Qué iniquidad! Padre mio,
 Perdon si yo fuí la causa
 De tu muerte; yo sabia
 Cuánto rigor te aguardaba!
 Tú sabes que tu existencia
 Era para mí tan cara,
 Que hubiera dado gustoso
 La mia, para rescatarla.
 Si hubiesen sólo mi sangre
 Pedido, ¿cómo negársela?

Pero querian mi deshonra
 Con la traicion á mi patria
 Y tú, padre, tú el primero
 Que me enseñastes á amarla,
 Si yo hubiese consentido,
 Habriame vuelto la espalda.
 Caiste! ya nada puedo
 Sino llorar mi desgracia,
 Y desahogar mis dolores,
 Acariciando venganzas.

(Se pone de codos sobre la mesa con la cara entre las manos:
 medita un instante, y se levanta luego sobresaltado.)

¡Venganza! ¡qué es lo que digo!
 ¿Así el dolor me arrebató?
 ¿Desde cuándo tan mezquinas
 Ideas concibe mi alma?
 ¿Vengarme? y ¿quiénes serian
 Las víctimas que aplacaran
 La indignacion que en mi pecho
 Encendió pena tan bárbara?
 Las más culpables cabezas
 Están para mí muy altas,
 Y adonde llega mi enojo
 Llegar no puede mi espada

(Se oye un tambor dentro.)

Zuzúnaga (A la puerta lateral.)

¿á dónde va

Ese piquete que marcha?
 ¿Conduce á los prisioneros
 A la capilla? (Vuelve) Olvidaba
 Que he dado órdenes de muerte
 Y ya van á ejecutarlas. (Pensativo.)
 ¡Segar trescientas cabezas
 Pensarlo sólo me espanta!
 Y vacilo esa hecatombe
 No puede darnos ventajas
 ¡Si es abusar de la fuerza!
 ¡Si es cometer una infamia!

Mas ¡qué remedio! no soy
 Yo, sino el jefe que manda:
 Mi deber es la obediencia,
 Aunque tal deber me mata

(Se oye la marcha muy cerca, y Bravo se asoma al balcon
 del fondo.)

Allí están; ¡désventurados!
 Tal vez la vida esperaban,
 Y hasta hace quizá un momento
 Les consoló esa esperanza.
 ¡Cuántas familias sin padres
 Gemirán tristes mañana!
 Y ¡con qué vergüenza el sol
 Alumbrará la matanza!
 Tanta crueldad no es derecho!
 Tal justicia no es humana!
 La misma victoria tiembla
 Ante ese océano de lágrimas
 No morirán esta órden
 Que sólo el dolor dictara
 De Morelos, no soy yo
 El que debe ejecutarla
 Perderé, si no obedezco,
 O la cabeza ó la banda:
 ¿Qué importa? simple soldado
 Sabré morir por mi patria.
 Zuzúnaga, (Llamando con viveza.)
 que conduzcan

A los presos á esta sala,
 Quiero que, ántes de morir,
 Sepan por qué se les mata.

(Se sienta á la mesa y se pone á escribir precipitadamente,
 hasta que custodiados por gente armada, entran, dos
 á dos, los presos.)

No os hice llamar aquí
 Por saciarme en la desgracia;
 Ni cólera encontraréis,
 Ni rencor en mis palabras.
 La ley de la guerra impone

Obligaciones bien arduas;
 Como soldados, sabeis
 Que mi deber es llenarlas.
 Aprehendido en San Gabriel,
 Fuera de lucha y sin armas,
 Fué mi padre, y de Venegas
 Bajo el poder se encontraba.
 Morelos, por esa vida,
 Cual de patriota sagrada,
 Ofreció en canje las vuestras,
 Como es en la guerra práctica.
 Por una cabeza, mil
 Rechazó, en nombre de España,
 El tirano, y sus verdugos
 Dieron placer á su rabia.
 Poco pesó vuestra vida
 De Venegas en el alma,
 Ávida de ver rodar
 Aquella cabeza cana
 Y así os condenó á morir
 Quien vuestros derechos guarda,
 Provocando altivo y cruel
 La sangrienta represalia.
 Está, pues, vuestra sentencia
 Por el virey pronunciada,
 Y debo de órden suprema
 Ahora mismo ejecutarla (Pausa.)
 Pero la sangre vertida
 Es de mi sangre, y por nada
 La vengaré de otra suerte
 Que en los campos de batalla.
 Desde este instante sois libres;
 Id donde mejor os plazca:

(Entrega al jefe de la escolta la órden que escribia cuando llegaron los presos.)

Tal vez en vuestros hogares
 Con impaciencia os aguardan.
 Id, y si el dios de la guerra

Es adverso á nuestras armas;
 Si al fin vencida sucumbe
 De la América la causa;
 Cuando domineis triunfantes
 En las ruinas de mi patria,
 Pensad que debeis la vida
 A una insurgente venganza!

(Los prisioneros se arrojan á los piés de Bravo. Telon rápido.)

Monterey, 1886.

EM. GOROSTIETA.